

‘Pasajero de la luz’

La sombra y la apariencia

Andrés Sánchez Robayna
Tusquets. Barcelona, 2010
240 páginas. 16 euros

Por Juan Goytisolo

POESÍA. HAY LIBROS que es imposible leer de corrido y fuerzan al lector a volver sobre sus pasos y demorarse en sus páginas. La última obra de Andrés Sánchez Robayna, *La sombra y la apariencia*, es un buen ejemplo de lo que digo. ¿Cómo avanzar en el mar de dunas del poemario si la materia misma que lo compone parece desvanecerse al hilo de la lectura como por efecto de un espejismo? La levedad de las sombras que traza y la textura áspera entretejidas en un lienzo que es a la vez pintura y poema, el mosaico corroído por la tenacidad de un tiempo que huye de nosotros y nos deja irre-

la que nos atrae también a nosotros y nos integra en ella. El poeta no plantea ninguna interrogación metafísica, ese ¿por qué hay algo y no nada? de los filósofos, ni recurre a la bella espiritualidad sanjuanista y de la rica tradición sufi. Su palabra brota de la materia formada por los tres elementos y esa dimensión para la que no corre ningún reloj. El ojo que capta aquellos está y no estará e inútil será preguntarse por el sentido e inevitabilidad de lo efímero. Los signos que descifra son como *las gotas errabundas [que] / llevadas por el viento sobre el mar / frente al acantilado en la mañana / van de su nada, vienen de su nada*. La sombra nocturna disipará su apariencia.

La relación privilegiada de Andrés Sánchez Robayna con algunos pintores, magníficamente expuesta en los ensayos incluidos en *Deseo, imagen, lugar de la palabra*, nos ayudan a apreciar su concepción del lienzo-poema. La página en blanco es la tela en la que inscribe la móvil ligereza del trazo, las manchas y rayos de luz, la ausencia de cuanto no cabe en ella. Miró, Chillida, Tàpies, Broto, Frederic Amat, José María Sicilia, parecen transparentarse en cada una de las hojas de *La sombra y la apariencia*. Los destellos de claridad, las siluetas fugaces, el reflejo del sol que visten la desnudez áspera de la tela, abierta a la avidez del pincel, nos esclarecen el sentido de su imagen poética. La intensidad del dibujo que busca en sí mismo su razón de ser es la de la palabra que explota el silencio y brota de la nada, esa nada que, entre nacimiento y extinción, vislumbramos apenas sin saber adónde vamos.

Toda obra literaria o artística aparece en un ámbito poblado de obras cuya existencia prolonga o modifica y, por dicha razón, el poeta o pintor no pueden fingir inocencia e ignorar el pasado si quieren afianzar su labor y proyectarse al futuro. El conocimiento de la propia tradición y la apertura a las demás son esenciales para el autor que no confía únicamente en la inspiración. Mirar hacia atrás para seguir el propio trayecto creativo, tal fue la gran lección de Picasso en la elaboración de su genealogía artística. Algunos grandes poetas en lengua española de la pasada centuria, como Cernuda, Octavio Paz y Valente, conjugaron simultáneamente su arte poética con la reflexión crítica. La una no iba sin la otra y se alimentaban como vasos comunicantes. *La sombra y la apariencia*, como las obras que la precedieron —*La roca*, *Sobre una piedra extrema*, *El libro tras la duna...*— no pueden entenderse sin la fecunda exploración de otros ámbitos por la pluma de su autor. Las calas en Juan de la Cruz, Góngora, Rimbaud, Mallarmé, Valéry, J. R. Jiménez, Lezama Lima, etcétera, proyectan su luz sobre ellas. Como resume Sánchez Robayna en uno de sus ensayos, la palabra poética es “el supremo testimonio espiritual de una reconciliación del hombre consigo mismo y con la muerte”. No a la manera atormentada de Unamuno sino con la ingravidez del ave cuya sombra cruza rauda, a la luz del sol, la tierra que aún pisamos. ●

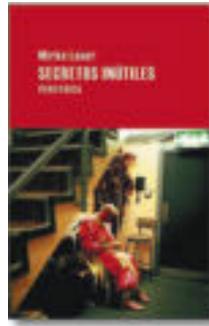


El escritor Andrés Sánchez Robayna (Gran Canaria, 1952). Foto: Ricardo Gutiérrez

mediamente atrás, ¿cómo dar cuenta de ellos?

Indaguemos las pistas. El epígrafe inicial del canciller López de Ayala (“asy como la sombra nuestra vida se va”) y la cita final de Wallace Stevens (*poetry is often a revelation of the elements of appearance*) son los dos extremos entre los que oscilan la luz y la oscuridad del libro. La materia desvelada por la presencia omnímoda del sol (las palabras: piedra, roca, polvo, isla, mar) y la ocultación que la acecha (silencio, obscuridad, vacío, nada) nos remiten a la fugacidad de ese “pasajero de la luz” que es el ser humano, vilano errante a la merced del aire: “solo tu sombra / pesa menos que tú / sobre la tierra. / Aún menos que tu sombra / nuestro paso en el polvo”.

La sublimación del verbo en la busca de lo que José Ángel Valente llamaba “palabras substanciales” plasma en la sencillez y plenitud del lenguaje del poeta. La desnudez del universo anterior a la existencia del hombre, la reiteración de los ciclos solares ante el ojo del tiempo (*sólo el mar quedará cuando volvamos a la entraña del astro*) son evocados desde la conciencia de la extinción de la mirada sin melancolía alguna. Ajeno a toda retórica y sentimentalismo, Andrés Sánchez Robayna cifra nuestra vida como un don precario en la levedad de la luz. La gravitación sobre la tierra de una hoja seca es



Secretos inútiles

Mirko Lauer
Periférica. Cáceres, 2010
139 páginas. 16,50 euros

NARRATIVA. LOS FASTOS suecos del Nobel Vargas, quien debe todavía preguntarse, desde la primera página de *Conversación en La Catedral*, cuándo empezó a joderse el Perú, me sorprenden terminando de leer esta novela del peruano Mirko Lauer, nacido en la antigua Checoslovaquia, que apareció en Lima en 1991 y que ahora publica esta editorial extremeña de las dos orillas. Este lector recordaba a Lauer de trabajos editoriales en Tusquets (un Ezra Pound, por ejemplo) y en Barral, pero no sabía nada de él como narrador y, por tanto, la sorpresa ha sido mayor: grata y estimulante. *Secretos inútiles* es una sutil y bien armada muñeca rusa, en la que nada es lo que aparece, o —mejor dicho— todo se va cambiando según se reduce el tamaño de la muñeca, que no la intensidad de la historia, pues simplemente modifica su eje. Un escritor que se llama igual que el autor de la novela viaja a San Francisco a entrevistarse con un viejo, que conoció y se relacionó con una escritora peruana. Un viejo que ha ido voluntariamente desperuanizándose —la lejanía es el olvido— y al que el escritor preguntón hará regresar a un pasado con el que rompió totalmente. Según avanza el relato, ese encuentro va a permitir descubrir piezas de esa muñeca rusa —una, dos, varias— y cada una irá desconcertando cada vez más el relato, del tal modo que al final, las muñecas rusas desparrramadas por la mesa contienen y encierran una historia o su contraria. En *Secretos inútiles* el narrador fue a San Francisco por una historia y regresó con otra, diferente o no. Cara o cruz, pero una. Una historia trágica de amor, un crimen, pero también un deseo de ponerle distancia a un país, el de todos ellos, muy presente —para amarlo o detestarlo, para olvidarlo o añorarlo— en esta estupenda novela, que es también, y además, un ajuste de cuentas con la peruanidad. **Javier Goñi**



Si te dicen que caí

Juan Marsé
Ana Rodríguez Fischer y Marcelino Jiménez León (editores)
Cátedra. Madrid, 2010
Estuche de dos volúmenes. 18 euros

NARRATIVA. A LO MEJOR la escasísima presencia de Marsé en las colecciones universitarias anotadas y prologadas tiene que ver con su virtud de autor: se leen sus novelas como sea y donde sea, en papel barato y ediciones frágiles, en ediciones caras y suntuosas, en ediciones corrientes. Pero se le lee, y parece un sinsentido estudiarlo con bata, pinzas y bisturí si se puede disfrutar leyéndolo. Esta novela fue la respuesta privada que dio a las mentiras amontonadas en los espejos franquistas y a la invalidez de la novela testimonial o planamente realista. Pero

fue también el estallido de un hombre de cuarenta años harto de escribir con un ojo puesto fuera del texto, vigilándose las vergüenzas o calculando los cortes de la censura. *Si te dicen que caí* se publicó en México en 1973, se leyó en España entonces, pero sólo se pudo editar con normalidad tras enterrar a Franco: es la más compleja, dura y condensada fruta de su educación sentimental y criptoerótica, de su malaleche genética y del afecto desnudo por la inocencia derrotada. Pero además era entonces ya novela posmoderna sin que nadie tuviese idea de qué era eso: con conciencia de los lenguajes y la parodia de los lenguajes, la falibilidad de los relatos y la dimensión narrativa de la memoria, porque “en esas lentas y silenciosas suturas que se producen entre hechos reales y hechos ficticios, en ese artificio, es donde la novela crece”, como escribió él mismo en 1977. La extensa introducción viene firmada por Ana Rodríguez y el cotejo de las dos versiones anteriores lo firman ella misma y Marcelino Jiménez. El resultado ha sido la edición de un volumen suelto con las lecturas cotejadas, porque el texto definitivo y último es el que presenta el primer volumen, tras la activa participación de Marsé en revisar el texto, a veces restituyendo las enmiendas de ediciones anteriores. Es un lujo ese volumen complementario, y la anotación a menudo de aquellos textos (¡o subtextos!) ocultos que nadie necesita para leer bien a Marsé pero que sirven para ir poniéndose la bata y empuñar pinzas y bisturí. **Jordi Gracia**



Los libros de plomo

Fernando Martínez Laínez
Martínez Roca. Madrid, 2010
447 páginas. 20,90 euros

NARRATIVA. FERNANDO Martínez Laínez se ha convertido en uno de los autores españoles más prolíficos, desde su *Carne de trueque* (1977), pionera en el género negro nacional. No es un escritor que se conforme con la fidelidad a un género, ni siquiera a tres distintos. La prueba es que ha obtenido en dos ocasiones el Premio Rodolfo Walsh de no ficción en la Semana Negra de Gijón, y en literatura de viajes logró el Premio Grandes Viajeros por *Tras los pasos de Drácula*. En su bibliografía hay varios títulos de narrativa histórica y biografías. Como fue corresponsal de Efe en la URSS, en Cuba, Argentina o Reino Unido, su olfato para los temas de espionaje o peripecias políticas se mantiene muy afilado. *Los libros de plomo* combina su faceta de historiador (la represión contra los moriscos tras la culminación de la Reconquista y la cristianización obligatoria de España) con la de narrador de *thrillers*. En los múltiples escenarios de esta novela de conspiración política destaca una Granada en la que son posibles un terremoto o la toma terrorista de la Alcazaba. La acción es constante, eléctrica, y los personajes están contruidos con trazo seguro desde los miembros del contraespionaje español a los más altos mandatarios, todos con un determinismo social que no excluye las dudas íntimas (no en vano el autor ha estudiado a Baroja desde siempre). La trama establece constantes conexiones entre comercio de armas nucleares, secretismo policial, estrategias antiterroristas... La idea de Martínez Laínez en todos sus libros es atraer al lector apelando a su interés por lo que está oculto tras el discurso informativo o histórico oficial. Este libro cumple a la perfección ese cometido. **Miguel Bayón**